

Por el Académico de Número  
Excmo. Sr. D. Rafael Termes Carreró

Después de las intervenciones que han glosado los aspectos académicos, políticos y profesionales de nuestro recién fallecido compañero Laureano López Rodó, quisiera consumir mi turno abordando los rasgos humanos de su conducta.

Tengo por especial favor de Dios haber conocido a Laureano, hace casi sesenta años, en la Barcelona de la inmediata post-guerra civil, cuando ambos, aunque en distintas disciplinas, empezábamos nuestras carreras universitarias. Desde entonces, en unidad de ideales, mantuve con él una estrecha amistad y un trato sólo interrumpido por su estancia en Santiago, mientras yo permanecía en Barcelona, hasta que, reunidos en Madrid, el trato se hizo asiduo. Esta larga convivencia me permite afirmar que, tanto en su vida académica, como en la política y en la profesional, Laureano López Rodó fue un hombre bueno y leal; un hombre cabal en el que nunca tuvo cabida ni la doblez ni la traición a sus íntimas convicciones. Trabajador incansable, preocupado por el servicio a los demás, tanto en términos privados como en la gestión de la cosa pública, sabía lo que quería y lo perseguía, siempre en forma honrada, pero tenazmente. A este respecto tengo una anécdota, a mi juicio significativa, que quiero aportar. En enero de 1941, Laureano conoció el Opus Dei a través de lo que le decíamos los que, pocos meses antes, nos habíamos embarcado en esta apasionante aventura sobrenatural. Pero él, que intuía la llamada vocacional, no se conformaba con nuestras explicaciones; quería ir a la fuente. Y el joven estudiante, 21 años tenía entonces, cogió el tren y se plantó en Madrid para conocer al Fundador de la Obra, Monseñor Escrivá de Balaguer y hablar directamente con él. A la vuelta había tomado la decisión.

Laureano rehuyó el protagonismo, no buscó nunca el aplauso para sí, ni habló nunca mal de otros, vicios no poco frecuentes, sobre todo, en el mundo político. Tampoco guardó rencor a los que le trataron injustamente. Detrás de su formal seriedad, escondía una prodigiosa amabilidad y, sin merma de su cortés talento, su ejecutoria fue, en toda ocasión, rectilínea, sin dejarse vencer por el halago, ni abandonando por la contradicción sus propósitos, ya que para llevarlos a cabo le bastaba la conciencia de estar cumpliendo con su deber.

Otro rasgo característico de la personalidad de Laureano era la sencillez. En materias intrascendentes, muy alejadas de su amplio campo de saberes, como, por ejemplo, el mundo del fútbol y de la canción de moda, Laureano tenía despistes descomunales que causaban la hilaridad de los que los presenciábamos. Él no

sólo no se enfadaba cuando nosotros, en plan lúdico, sacábamos a relucir estas lagunas, sino que él mismo, con gran sencillez contaba estos fallos, para solaz de todos.

Testimonio de todo ello, desde luego no premeditado, sino espontáneo, lo dio en la entrevista emitida por televisión después de su muerte, que es un claro reflejo de cómo se comportó durante toda su vida. Ante las hábiles preguntas de la entrevistadora para hacerle reconocer su protagonismo en acontecimientos claves de la política española, es prodigioso ver cómo se las arregla para atribuir el mérito a otros o repartirlo entre sus colaboradores, a los que, por cierto, siempre procuró promover, en méritos a su valía, con independencia de sus adscripciones. La misma impresión de hombría de bien se obtiene al observar la manera como elude hablar mal de los que, a raíz de los avatares políticos, cometieron evidentes errores, y como halla comprensión para la conducta de unos y otros, añadiendo, cuando se trata de adversarios, que cada uno estuvo en su papel. La cosa sube de tono cuando disculpa a los que le hicieron daño, buscando explicaciones benévolas para tales comportamientos; entre los cuales, el que determinó su retirada de la vida política y que alguien, en defensa de la verdad histórica, ya se ha encargado de aclarar.

Pero ha sido en su larga y última enfermedad cuando la categoría moral de Laureano López Rodó se ha puesto más de manifiesto. Disimuló con señorío el mal que le carcomía. Mantuvo su actividad profesional y acudió regularmente al bufete mientras físicamente pudo, sacando fuerzas de flaqueza, como también pudimos apreciar en sus postreras comparecencias a las sesiones de esta Academia. Y cuando ya no le resultó materialmente posible desplazarse, aunque le doliera la cabeza, siguió desde casa los asuntos en marcha. Nunca se abandonó en el aspecto físico —afeitado, peinado, vestido— y postrado ya en cama, cuando recibía las pocas visitas que los médicos permitían, procuraba «arreglarse» por consideración al que iba a saludarle. Era consciente del tiempo que le quedaba y lo decía, con toda naturalidad, a los que, por teléfono, se interesaban por su salud. Un mes antes de su muerte, un amigo le pidió verle para una consulta y, a pesar de que ya no podía con su cuerpo, no lo dudó, y, contra todos los consejos, ayudado por el chófer, se personó en el bufete, atendió la consulta durante dos horas y regresó a su casa. Ya no volvió al despacho.

La pasión política, el servicio a la sociedad y al Estado que, como dice en el prólogo a sus Memorias, fue la nota dominante de su actividad, le acompañó hasta el final. La conciencia de sus deberes cívicos, desde la postración en que se hallaba, pero con la mente clara, le indujo, como ya reseñé en otro lugar, a pedir la pre-

sencia de un notario, a fin de conferir un poder para solicitar el voto por correo. Y fue el mismo sentido de responsabilidad ciudadana el que, añado ahora, le empujó a amonestar a sus tres hermanos, reunidos alrededor de su cama, la víspera misma de su muerte, para que no dejaran de votar en las elecciones que se celebraron, dos días después, mientras nosotros le enterrábamos en el cementerio de La Almudena.

Acabo. En septiembre de 1999, cuando la imparable dolencia ya había hecho indisimulable mella en su cuerpo, Michael Portillo, temporalmente retirado de la política, quiso hacerle una entrevista para una publicación de su país. López Rodó le atendió primorosamente, hasta tal punto que, después, Portillo le escribió dos cartas para expresarle su gratitud no sólo por la manera como le había acogido y por la información que le había proporcionado, sino sobre todo por el ejemplo de reciedumbre y de serenidad que había recibido de él.

Efectivamente, Laureano siempre irradió serenidad, como consecuencia de la paz que, en medio del fragor de todas las batallas que libró, nunca le faltó. En el epílogo de la entrevista televisada a que antes me he referido, la entrevistadora, tras advertirle que no sería emitida hasta después de su muerte, le invitó a dejar un mensaje. Laureano sonriendo, dijo que no pretendía ser original, y recitó de memoria la conocida quintilla de Teresa de Jesús: Nada te turbe, nada te espante, todo se pasa, Dios no se muda, la paciencia todo lo alcanza. Quien a Dios tiene nada le falta. Sólo Dios basta.

Éste era el hombre que nuestra Academia se ha honrado en tener como miembro de número, durante cuarenta años. Descanse en paz.

30 de mayo de 2000